

TIPOLOGÍA DE LOS RELATOS TESTIMONIALES CONCENTRACIONARIOS DEL EXILIO ESPAÑOL EN ÁFRICA DEL NORTE (1939-1945)

*Typology of Testimonial Accounts of the Spanish Exile in North
Africa's Concentration Camps (1939-1945)*

Mercedes Giuffré

Universidad de Buenos Aires
Universidad del Salvador
mercedesgiuffre@yahoo.com

Resumen

En los escritos testimoniales (diarios y memorias) de los exiliados republicanos españoles que pasaron por la experiencia de los campos de concentración en las colonias francesas del norte de África, descubrimos un patrón común para la representación de lo vivido. Lo analizamos y presentamos una tipología: personajes, espacios, episodios nucleares y tópicos que se perciben como elementos recurrentes incluso en la heterogeneidad formal de los textos que conforman el corpus norafricano hasta la fecha.

Palabras clave: exilio; África; campos de concentración; testimonios; tipología.

Abstract

In the testimonial writings (diaries and memoirs) of exiled Spanish Republicans who went through the experience of the concentration camps in the French colonies, we discovered a common pattern for representation. We analyze it and present a typology: characters, spaces, nuclear episodes and topics that are perceived as recurring elements even in the formal heterogeneity of the texts that make up the North African corpus.

Keywords: exile; Africa; concentration camps; testimony; tipology.

En 1939, sobre el final de la Guerra Civil Española, miles de personas se trasladaron hacia el Norte de África en un éxodo que continuó hasta la partida del Stanbrook, última nave cargada con 2638 refugiados (Vilar, 2008: 213).¹ Antonio Vilanova afirma que, en total, embarcaron unas 20.000 personas (1969: 26) y Victoria Fernández Díaz recuerda que un porcentaje importante de esa cifra (unas 4000 almas) lo aportó el conglomerado de marinos que ancló su flota en Bizerta, Túnez (2009: 15-16). Entre los demás, pueden contarse a los combatientes del ejército republicano de los últimos frentes, civiles de todas las edades, aviadores de las FARE y brigadistas internacionales que habían permanecido en territorio español.

Aunque no todos corrieron la misma suerte y algunos lograron establecerse, la mayoría de los exiliados pasó al menos por una experiencia concentracionaria o por varias, conforme el avance de Segunda Guerra Mundial. Mediadas por la escritura, tales experiencias se convirtieron en un núcleo de significación que sirvió para transmitir la identidad del colectivo en el destierro, valiéndose de similares formas de representación. Era frecuente entre los refugiados llevar adelante notas o diarios en los que volcaban las vivencias para contar en el futuro con material de apoyo desde el cual elaborar sus memorias. La mayoría de esos apuntes jamás vieron la luz o fueron olvidados por sus dueños al acabar la guerra. Otros, en cambio, retomaron el proyecto con finalidades varias (expresamente políticas, para disputar el olvido y dejar constancia, o como homenaje a los compañeros muertos). Esos textos, publicados en diversos momentos desde la posguerra hasta la actualidad, conforman lo que

¹ Si bien poco después zarpó de Alicante otro barco, apenas llevaba algunas figuras políticas que no llegaron a la treintena.

dimos en llamar en nuestra tesis de maestría² el “corpus norafricano”.

Por una cuestión de espacio y operatividad, nos suscribimos a los textos éditos, en lengua castellana y de factura propiamente testimonial (con dos formas básicas: diarios y memorias, estén escritos en prosa o en verso pero con carácter no ficcional). Dejamos de lado novelas, cuentos y obras teatrales de ficción, las piezas inéditas y las escritas en otras lenguas de la Península, así como en los idiomas de los brigadistas internacionales. La experiencia de los campos de concentración en esos textos puede ocupar un capítulo, varios o toda la obra, pero la define y determina como núcleo de tensión y significación máxima del exilio. Asimismo, la relación de los sucesos en África del Norte puede presentarse encadenada con sucesos anteriores referidos a la guerra en España y/o posteriores. Los textos varían en su relación con la experiencia rememorada de acuerdo al momento en que se los escribe, edita o publica.

Los relatos del corpus norafricano comparten una estructura episódica y progresiva en la que destacan algunos personajes, momentos, espacios y sucesos tipificados que resumen la auto-representación de los exiliados como un cuerpo resistente en lucha contra el fascismo. Las humillaciones y vicisitudes son vistas, así, como pruebas a superar en la prolongación de una contienda que se inició en España. Los espacios inhóspitos, de los cuales el campo de castigo y la cárcel son los peores, aparecen como lugares de supervivencia en los que la solidaridad y el ingenio se entrelazan. Así, los textos del corpus suelen participar al menos de uno o acaso de todos los episodios de la cadena que construye la narración tipificada del exilio en África del Norte.

El primer episodio es el del viaje en barco (hubo quienes se trasladaron en avión pero fueron casos excepcionales que no

² *Las voces del olvido*, defendida en noviembre de 2018 en la Universidad de Buenos Aires y dirigida por la doctora Claudia Torre.

representan la experiencia colectiva). Con este desplazamiento se inicia el proceso de desterritorialización y despojo. De entre las naves, la emblemática, precisamente porque prefigura algunos de los padecimientos que deparaban los campos, destaca el Stanbrook, un carbonero inglés devenido en mito cuando su capitán, Archibald Dickson, sacrifica la carga comercial para transportar personas. Luego de una cuarentena atroz, durante la que descendieron las mujeres, los niños, los heridos y los primeros hombres, bajan los militares y los señalados por su pertenencia política. Todos, sin distinción, pasan por la experiencia de los centros de acogida y luego son enviados a los campos de concentración “blandos” (Morand, Suzzoni, Orleansville, Aín el Turck y otros), o consiguen permiso para alojarse en las ciudades (la minoría).

El Stanbrook es una nave superpoblada y quienes permanecen en cubierta sufren quemaduras solares, lluvias intensas y el frío de la noche; carecen casi de alimento y agua y padecen una plaga de piojos. En este mítico barco salieron al exilio varios de los autores del corpus norafricano (y figuran en la lista de pasajeros, lo que confirma esa parte de sus testimonios): Muñoz Congost, Jiménez Margalejo, Marco Botella, Beltrán Alcaraz y Gassó. “No tengo más que veinte años y muchas ganas de vivir... Ya se ha retirado la escalerilla de acceso al barco. Desde la cubierta me lanzan una cuerda, un lazo que paso por debajo de los sobacos. Me izan a pulso. Estoy en la cubierta del *Stanbrook*” (Muñoz Congost, 1989: 17). “Ya en el barco, el único sitio posible que encontramos fue un baúl con la tapa arqueada. En él nos sentamos guardando el equilibrio como podíamos, con nuestras hijas, la pequeña en mis brazos, la mayor sobre las rodillas del padre” (Beltrán Alcaraz, 2016: 16-17).

Sin ningún recato, la borda de babor fue ahora un permanente retrete. Individuos medio desnudos buscaban afanosamente en las costuras de sus ropas piojos y liendres que les invadían... La gente iba a la borda. Se ataba a la barandilla con su cinturón para evitar caer al mar y durante horas trataba de evacuar. Muchos se mareaban y quedaban medio colgados de las ataduras. Aquella borda llena de dolorosos quejidos fue bautizada como la de las

“parturientas”... Vegetábamos sin pensar, instintivamente encogidos sobre nosotros mismos, reservándonos las fuerzas y energías para retardar el fin (Jiménez Margalejo, 2008: 61-67).

De la nave no hay escapatoria. A quien se arroja al agua, se le dispara. A quienes siguen en ella, se los mantiene apenas con un hilo de agua y una ración miserable al día, mientras las enfermedades hacen estragos. Sin embargo, los testimonios dan cuenta de las estrategias de resistencia y supervivencia que genera el propio colectivo de refugiados: compartir la comida, vender sus objetos a los boteros que se acercan a cambio de alimentos, y sobre todo, la presión colectiva para evitar los malos tratos de los guardias, a medida que se desciende del barco.

Los senegaleses subieron al encuentro de quienes bajaban, empujándoles. Como no lo conseguiesen, uno de ellos empezó a darles culatazos con su fusil. Quien estaba más abajo era un comandante de carabineros que había conservado su uniforme y sus insignias. Cuando el senegalés levantaba de nuevo su fusil para poder golpear, lo agarró con ambas manos y se lo arrancó, arrojándole al muelle [...]. El barco se convirtió en un solo alarido, gritando insultos en todos los dialectos de la Península (56).

En el Stanbrook inician la animalización, el confinamiento, el hambre y los malos tratos, preludios de la experiencia concentracionaria. Pero también la solidaridad, la unión de fuerzas y la resistencia colectiva. El peso simbólico de este barco es tal que en el campo de Morand se bautizará con su nombre a una de las barracas y se hará un minuto de silencio al trascender la noticia de su hundimiento por los nazis.

El siguiente eslabón en el itinerario episoidal es el viaje en tren hacia los campos de concentración. Dicho viaje es una constante en la literatura de la Segunda Guerra Mundial. Adquiere un simbolismo complejo de inversión, pues por un lado se trata de un espacio dinámico, que avanza, pero a la vez funciona como un ámbito de reclusión ambulante en el que los refugiados son custodiados y encerrados en condiciones inhumanas, en contrapartida con la idea

de “progreso” que implicaba el tren como transporte desde la Revolución Industrial (Sánchez Zapatero, 2010:141). Más tarde, el tren adquirirá un peso semántico todavía peor, al convertirse en el instrumento del trabajo esclavo en el desierto, durante la construcción del faraónico ferrocarril Transahariano que proyecta unir el Mediterráneo con el río Níger.

Nos hicieron salir del barco entre dos filas de senegaleses. No a todos. Apenas unos centenares... Debíamos de ser muy peligrosos o peligrosamente contagiosos. Había por lo menos tres uniformes por cabeza de refugiado... Nos iban a llevar nadie sabía dónde. Hacia adentro. Alejándonos del mar... donde quedaba el Stanbrook... Fuimos instalados en viejos vagones de tercera clase, sin acondicionamiento (Muñoz Congost: 29-30).

Dos días y sus noches y casi una mañana más pasamos en aquel maldito artefacto cuyos rústicos e incómodos bancos nos impedían descansar ni un momento... Por toda comida, los soldados habían repartido algo de pan, una lata de sardinas y dos tomates a cada uno para toda la jornada. Durante larguísimas horas, solo pudimos contemplar estepas en las que únicamente crece el esparto como preludeo del próximo desierto (Mercadal Bagur, 1983: 93).

En cada vagón había un letrero: “32 hombres - 8 caballos”. No respetaron esa nota porque nos metieron en grupos de cuarenta. Con las maletas, las cajas y los bultos cabíamos mal sentados. Me recordó la posición en el Stanbrook... En cada vagón metieron unos grandes cántaros de aluminio llenos de agua, unas calderetas con una ensalada de huevos duros, patatas, cebollas y tomates, una caja llena de latas de sardinas y un saco de pan. Nos advirtieron que era comida para varios días, por lo menos para tres o cuatro, y debíamos racionarlos... Pasaron cerrando herméticamente los vagones y condenando puertas y ventanas por medio de alambres retorcidos... En aquel estrecho reducto del vagón cerrado hacía calor, con la atmósfera irrespirable y el traqueteo en marcha, sin ver nada... Aquel transporte inhumano nos levaba como fieras... Alguien tuvo ganas de orinar... Así pasaron cinco lentos monótonos días (Jiménez Margalejo: 2008: 156-157).

También en este episodio, los relatos pintan a los refugiados estrechando lazos para resistir y afirmarse en su humanidad: “En aquel calor, el agua fue cada vez más necesaria. Se iba terminando a ojos vista. Todos estábamos de acuerdo en racionarla... Distribuciones extra se decidían unánimemente varias veces al día (Jiménez Margalejo, 2008: 159).

Los transportados se niegan a convivir con sus heces como animales. Luchan por mantener la dignidad:

Conferenciamos, buscamos y encontramos una tabla en el suelo pareciendo menos sujeta que las demás... Apalancamos con todo lo disponible. El mando del cucharón destinado a sacar agua de la cántara nos sirvió de mucho. Finalmente, conseguimos nuestro objetivo. Una abertura de unos veinte centímetros de ancho por cuarenta de largo dejaba ver el paso vertiginoso del balastro y las traviesas (Jiménez Margalejo, 2008: 157).

Esta estructura se repetirá a medida que avancemos en la cadena de episodios: se debate, se decide en conjunto y se actúa como cuerpo colectivo para superar los obstáculos. Se denuncia en los textos la animalización impuesta: “Éramos ganado y al ganado no se le dice dónde se le lleva” (Muñoz Congost, 1989: 30). “No nos consideraban seres humanos. Éramos bestias conducidas al trabajo” (Jiménez Margalejo, 2008: 160). “Creo que nos creían cerdos o algo por el estilo” (Beltrán Alcaraz, 2016: 35).

El primer gran destino que sigue es el campo de concentración blando (en comparación con lo que sobrevendrá luego cuando se inicie la ocupación nazi en Francia y los territorios africanos pasen a manos del colaboracionismo). Morand, Suzzoni, Relizzane, Orleansville, Aïn el Turck y otros, contendrán a los hombres, las mujeres y niños (el último) mientras se decida qué hacer con ellos. En general, el recuerdo de estos primeros sitios es ambivalente. Por un lado, los refugiados viven ese espacio como un impedimento para trabajar y auto sustentarse, vigilados y privados de su libertad. Por el otro, son un lugar de reposo entre la guerra de la que vienen y el

futuro, donde es posible estrechar lazos comunitarios y recuperarse. En Camp Morand, el emblemático y más grande, los relatos dan cuenta de la transformación del espacio que encuentran vacío. Los refugiados abren escuelas en las barracas, enseñan y aprenden oficios, idiomas y otras disciplinas puestas al servicio de los demás, construyen urinarios con sus propias manos, abren una sastrería, una biblioteca, una barbería, todo con los objetos propios puestos en común y lo que llega mediante las agrupaciones republicanas en el exilio y la solidaridad antifascista. También escriben un periódico que circula entre los campos de Bogharí. Transforman así el lugar adverso en algo productivo y digno: “En aquellos días, el compañerismo reinaba sobre el conjunto de las relaciones; todo era de todos, sin restricciones ni cortapisas. Sólo quedaban como bienes estrictamente personales la comida y el tabaco” (Jiménez Margalejo, 2008: 95). Incluso se construye una cancha de fútbol y se desafía a los guardianes: “Todos jugaban contra todos, los partidos se celebraban por la tarde cuando comenzaba a hacer un poco de fresco... (Jiménez Margalejo, 2008: 104). Sin embargo, se vive allí privados de la libertad, con permisos excepcionales para salir y volver en el día, a riesgo de acabar en prisión.

El campo estaba cercado de alambradas y custodiado por soldados senegaleses. Estos, con tal de evitar las huidas, no se andaban con chiquitas. La limpieza de los barracones y el reparto del rancho corría a cargo de los internados, nombrados por lista para las faenas de todos los días... Para combatir el tedio, impedir la desmoralización y aprovechar el tiempo, creamos diferentes grupos de discusión y estudio, comenzando por combatir el analfabetismo (Mera, 2011: 337).

De acuerdo con Francie Cate Arries, los autores se apropian de los campos de concentración para construir una causa persuasiva para la audiencia internacional que defienda la propia legitimidad y autoridad moral de su comunidad (2012: 22). En este sentido, el campo es “el lugar que primero engendró las semillas de su conciencia colectiva” (*Íbid.*) y más específicamente “los internos que [los] habitan y están retratados en los escritos... codifican al final esos

lugares como espacios de subversión, resistencia y agencia políticas” (2012: 23). El espacio se convierte, de este modo, en una herramienta de resistencia lo mismo que la palabra y el ingenio lo hacen desde la representación textual. Cada uno provee a los demás de lo que sabe y tiene, incluyendo la palabra y la memoria: “He aquí los lavabos de cemento, construidos por los refugiados. Una higiene absoluta reina en todos esos hombres que hacen lo imposible, hasta desprenderse de algunos objetos preciosos para procurarse cepillos, jabón, peines” (Muñoz Congost, 1989: 38).

Algunos refugiados, la minoría, logra salir del campo rumbo a México o incluso Francia. Otros son ubicados con sus familias en Orán y Argel, o en pueblos en los que se precisa médicos (es el caso del oftalmólogo Antonio Ros). Los demás quedan en los campos y luego son trasladados a las compañías de trabajadores extranjeros, toda vez que firmen un documento aceptando esta situación, a riesgo de ser deportados u obligados a enrolarse en la Legión Extranjera. El tedio, el hambre, el frío (en Morand hacía un calor atroz de día y un frío equivalente de noche) y la frustración, sumados al empeoramiento de las condiciones luego del armisticio entre Francia y el Reich, se cobran las primeras vidas. A partir de entonces, no podrán sustraerse a la nueva contienda. Hay quien se suicida y quien enferma ante la nueva crudeza en las condiciones de vida. Los campos se endurecen a la par que se forman las compañías de trabajo y surge la tortura como herramienta sistemática de control colonial:

En el transcurso de cuatro meses, el tiempo que pasé en este campo,³ murieron veinte españoles. Hasta un chico bastante joven, apenas si habría cumplido los 19 años, sintiéndose incapaz de hacer frente a tantas calamidades y sufrimientos puso fin a su vida ahorcándose en una barraca que servía de escuela. (Vargas Rivas, 2007: 165)

³ Se refiere a Camp Morand.

La fuga se establece como el mayor de los actos de resistencia. Los textos están plagados de relaciones sobre fugas, a veces exitosas pero la mayoría fallidas. De los campos y las compañías del desierto se evadieron varios de los autores del corpus, con mayor o peor suerte. Lo hacen en sus relatos Cipriano Mera, José Muñoz Congost, Carlos Jiménez Margalejo y Antonio Gassó, en distintos momentos de su itinerario. “En los campos y compañías, los compañeros estaban organizados. En las últimas, incluso, sabíamos que se habían creado los resortes necesarios para ayudar y organizar las evasiones” (Muñoz Congost, 1989: 76). La mayoría, no obstante, fueron apresados por la policía colonial después de un tiempo de vida en la clandestinidad, posibilitada esta última gracias a la red de solidaridad que unía los campamentos y las ciudades, donde eran escondidos y ayudados con documentación falsa por otros refugiados ya establecidos o por los descendientes de españoles o por asociaciones partidarias (el PC, la CNT). Es entonces cuando los relatos de unos y otros se entrecruzan. “Por nuestra casa pasaron todos [los fugados], y algunos nos acompañaron íntimamente, asiduos durante mucho tiempo” (Beltrán Alcaraz, 2016: 128).

El modelo de relato de fuga (al que se refieren varios de los autores del corpus, incluyendo a su protagonista) es el del escape de Victoriano Barroso, caso emblemático porque resume todos los padecimientos en el desierto y, a la vez, resulta exitoso como pintura de la resistencia. Barroso escapa a plena luz del día, con guardias disparándole en pleno Sahara, y luego de recorrer a pie y en condiciones agobiantes, durante días y noches, el territorio, ayudado por compañeros a los que desconoce, logra llegar a la ciudad y vivir en la clandestinidad vinculándose con la red de solidaridad antifascista. En este sentido, el relato de Barroso, lo mismo que el de Jiménez Margalejo y Muñoz Congost, aportan datos sobre el rol de las mujeres en esa resistencia urbana. Algo de lo que, desde luego, también deja testimonio el relato de Isabel Beltrán Alcaraz. En el caso del texto de Barroso, concretamente, en el fascículo dedicado a “La camarada Paca”.

Sin embargo, y aunque fueron muchos los que lo hicieron, la mayoría de los refugiados no consigue fugarse y queda en los campamentos de trabajo esclavo a merced de los maltratos y abusos de los spahis, los militares de la Legión Extranjera y los funcionarios del colaboracionismo colonial que aplican con ellos la tortura: el tombeau, el cuadrilátero, el transporte de bidones gigantesco bajo el sol, la mochila de piedras, las palizas, el arrastre atados a la cola de un caballo, etc. El desierto del Sahara, metáfora y realidad, es la más gráfica versión del Estado de excepción.

Yo mismo, encuadrado en la 4ta. Compañía, partí a Bou Arfa. Como viviendas teníamos un marabout para doce personas cuya cabida no era más que para seis; la comida se componía de un poco de café por la mañana, un plato de lentejas con mucha agua y piedras al mediodía y una sopa dicha de verduras a la noche... Con ese vago y casi nulo sistema de alimentación, teníamos que realizar un trabajo de horas a pico y pala en un clima cuyas temperaturas oscilaban entre los 45° de calor, bajando a partir de las dos de la mañana a cero grados... Nuestras condiciones físicas se agravaban a medida que pasaban los días (Santiago, Llopis, Barrera, 1981: 55).

Al hambre (leit motiv de los relatos), el calor agobiante, el frío también agobiante de la noche, la arena y las langostas se suman a las torturas al azar. Y con ellos, ante el estupor y la experiencia de lo inenarrable, surgen las representaciones metafóricas y las estrategias de representación sobre las que nos detendremos más abajo. Pero también surgen nuevas formas de resistencia, cuando no de confrontación (sabotaje a las instalaciones del ferrocarril Transahariano, ruptura de herramientas, huelgas y atajos para no trabajar, que conllevan un lenguaje nuevo y el invento de vocablos que ya había iniciado en el Stanbrook para referirse a situaciones nuevas. Es llegado este punto que los textos del corpus, tanto los diarios como las memorias, conforman la más cruda pintura del refugiado como resistente.

A la fuga de Barroso, que encuentra eco en otros textos del corpus, se une un episodio bestial que se convierte en modelo de los

padecimientos en los campos más duros: el asesinato de Moreno en el campo de castigo de Hadjerat M'Guil (cuyos perpetradores fueron juzgados y sentenciados por los tribunales de Argel, como criminales de lesa humanidad, al terminar la guerra). Torturado y humillado sin cuartel por días, Moreno marcó a la comunidad de refugiados y es rememorado por varios de los textos del corpus norafricano, tanto por quienes lo conocieron personalmente como por los demás: Santiago, Lloris y Barrera, Muñoz Congost, Mercadal Bagur y Jiménez Margalejo. Cabe mencionar que tanto Lloris como Muñoz Congost fueron prisioneros en ese mismo campo, considerado por el tribunal de Argel como un "Buchenwald del Sahara". Finalmente, los campos y compañías de trabajo esclavo son abiertos por los Aliados.

Más allá de la organización informativa de los textos en episodios que nuclean los momentos mencionados (el barco, el viaje en tren, el campo, el desierto, la fuga) y la pintura de los refugiados como resistentes, los textos del corpus norafricano expresan su conciencia identitaria de comunidad en el desplazamiento constante de la primera persona del singular al plural: "Tres años esperamos" recuerda Max Aub (1970: 34), "Recibimos cuatro panes grandes y tres pequeños e inmediatamente los distribuimos", recuerda Gassó su paso por las compañías del desierto (2013: 122). "La mayoría de nosotros, incluyendo las mujeres y los niños, teníamos los cuerpos, las manos y los pies cubiertos de ronchas sarnosas" (Vargas Rivas, 2007: 150). "De esta manera tan sencilla, la autoridad francesa nos convirtió de refugiados políticos en trabajadores obligados al servicio de Francia" (Marco Botella, 2007: 48). Se viaja, se exilia y se sobrevive en comunidad, más allá de las divisiones políticas que se mantienen, en algunos momentos más que en otros.

Varios de los textos del corpus norafricano registran, como se dijo ya, la utilización de neologismos para referirse a algunas de las experiencias vividas en los campos y en otros momentos del itinerario. Con el término "parturientas", ya lo mencionamos, Jiménez Margalejo contaba que se nombraba en el *Stanbrook* a quienes defecaban con dolor durante horas. Otro neologismo

frecuente en varios de los testimonios del corpus es “barrenar”, que se usa para referirse a la melancolía y la evasión del presente recordando tiempos mejores, especialmente el pasado en España antes de la guerra. El acto de barrenar es, además, una estrategia defensiva contra la locura, la degradación y la violencia: “Sigo barrenando” (Gassó, 2013: 111). “La costumbre de pensar [en el pasado] tomó hasta un nombre propio, se llamó <barrenar>. El inventario de nuestro pasado no resultaba maravilloso. El presente, únicamente parecía ser una provisionalidad [...]. El porvenir resultaba todavía más incierto” (Jiménez Margalejo, 2008: 97).

Otros neologismos son “pantalonitis” y “alpargatitis”, referidos a la carencia de ropa o calzado con los que poder ir al tajo a trabajar. Muchos usaban ese subterfugio para evitar la faena y, de ese modo, boicotear el proyecto del ferrocarril que, en definitiva, equivalía a colaborar con Hitler en la guerra. “Continúo con pantalonitis” (Gassó, 2013: 95). “Sigo con alpargatitis” (Gassó, 2013: 60).

Gassó utiliza también términos como “popote” que tiene evidente relación con la comida (en francés, “faire la popote” significa cocinar), y casi todos los autores incluyen galicismos resultantes de apropiaciones de términos del francés como *marabout*, *casse croust*, *tombeau* y otros, para referirse a elementos de la cotidianidad concentracionaria. Todos estos neologismos y apropiaciones pierden sentido fuera del contexto del corpus norafricano.

Por otra parte, a los guardianes los textos los refieren con apodos que resumen sus características físicas o morales: “Ejercía el mando de la compañía un personaje muy singular [...] de pelo azafranado procedía de la Legión Extranjera donde llegó a graduarse como teniente. Ruso blanco que salió huyendo de los bolcheviques [...] antipático elemento, le pusimos de nombre <sota de bastos>” (Vargas Rivas, 2007: 166). Rompemaletas, Verrugas, Traganiños⁴ y

⁴ “Traganiños nos quiere hacer ir al campo sin culotes, a lo que nos negamos todos como uno solo” (Gassó, 2013: 95). Traganiños era un suboficial árabe,

Tragatanques⁵ son personajes aludidos en varios testimonios. Aunque en los campos más duros, los de represión y castigo como Hadjerat M'Guil o Djelfa, a los guardias se los recuerda también con sus nombres de pila y sus apellidos por justicia, para no olvidar sus crímenes atroces: "El comandante es el teniente Santucci, "Bocanegra" zamorro, grosero brutal y egoísta [...]. Su lugarteniente es [...] Finidori (ayudante jefe, alférez). Otro corso, Mosca [...]. Dauphin, el intendente [...]. Otto Riepp, alemán y Dourmenoff, el ruso de origen asiático" (Muñoz Congost: 91).⁶ También Max Aub menciona a los guardianes crueles de Djelfa. En todos los casos, la bajeza moral de los guardias resalta en los textos por oposición a la integridad y solidaridad del cuerpo colectivo de los refugiados, así como las acciones heroicas de algunos en particular, como estrategia para reafirmar la propia identidad y organizar el relato en relación con esa otredad hostil.

Es una constante también la caracterización de los guardias de los campos y las compañías de trabajo con alusiones a su condición bestial (reflejo inverso del proceso de animalización y humillación al que son sometidos los refugiados): "El ayudante Weber, con sus ojillos de cerdo y su rostro repulsivo, se hallaba ante mí y me ordenaba que lo siguiera [...]. Ese contacto viscoso y repugnante me hizo sospechar" (Barroso, 2014: 54). "¿Cómo quieres que te olvide,/tú, Gravela, hijo de puta/hiel surcada de vinagres/ todo tú pura pezuña...?" (Aub, 2015: 104).

de acuerdo con la nota al pie de Laura Gassó, hija del autor y editora del libro, que junto a Rompemaletas mandaba la guardia en el campo de Djelfa, bajo las órdenes de Cavoche, Grissard, Schneider y Gravela. La fuente en que se basa es el libro de Antonio Vilanova ya mencionado, página 38.

⁵ Mencionado por Muñoz Congost en las páginas 160 y 161, y por Antonio Gassó en la página 125.

⁶ Casi todos estos hombres fueron condenados a muerte o a cadena perpetua con trabajos forzados en los juicios de Argel, tras la liberación angloamericana, por los crímenes de lesa humanidad que cometieron en Hadjerat M'Guil.

Aunque existe una otredad distinta y solidaria, conformada por argelinos islámicos o sefaradíes, así como colonos franceses (obreros muchos de ellos) que aparecen en el rol de ayudantes, arrojando comida a los trenes de refugiados, levantando sus puños y cantando La Internacional.

El cuerpo se vuelve el primer escollo para la resistencia individual. Los parásitos y el hambre están presentes en las narraciones del corpus norafricano como un bajo continuo de las historias e itinerarios. Los primeros son un recordatorio constante de la humillación que se vive, aunque lejos de aceptarlos se los combate, generalmente sin éxito: “-¿Tienes piojos? Mejor”, dice un carcelero en el poemario de Max Aub (2015: 50).

Paralelamente, los españoles (legales o clandestinos) que logran afincarse en las ciudades sienten que “la dignidad no transige con el parasitismo al que se nos quiere destinar” (Muñoz Congost, 1989: 96). Esta cita se refiere a la época en la que el autor vive en Orán, evadido de las compañías de trabajo, rechazando, como los demás autores del corpus, convertirse él mismo en un parásito que vive de la solidaridad ajena. Los refugiados se ganan la vida trabajando en la clandestinidad y las autoridades lo saben y los persiguen por eso. La policía requisaba viviendas, los acecha y los detiene por la calle, los llama a presentarse en la comisaría y pide garantes argelinos que se comprometan a mantenerlos. “Sin autorización y sin patentes, dos grupos de Bab el Oued [...] vivieron de la fabricación de juguetes de madera que abastecieron almacenes de Argel en las navidades de 1940 [...]. Vivieron otros, los más, de la fabricación y venta de jabón, actividad clandestina” (Muñoz Congost, 1989: 82).

En cuanto al hambre, tópico omnipresente en la experiencia concentracionaria y del exilio norafricano en general, se buscan estrategias de resistencia para paliarla de todas las maneras posibles, agudizando el ingenio y actuando en conjunto. Con el avance de la Segunda Guerra Mundial, la escasez es moneda corriente para todos, pero más para los exiliados. Jiménez Margalejo cuenta que la carne

de camello pasó a ser codiciada en las aldeas. “Unos hígados monstruosos repugnaban y corazones enormes colgaban de los ganchos de las carnicerías” (2008: 243). En las compañías del Transahariano, en el desierto, descubrieron los refugiados que el gasoil de la cisterna y los tractores había sido reemplazado por un extraño aceite que llegaba del África negra en enormes bidones: “al parecer, de origen vegetal” (2008: 243). Los hombres se pusieron manos a la obra, hirvieron el producto y lo convirtieron en algo así como manteca que untaban en los mendrugos de pan. No era otra cosa que aceite de coco mezclado con otros lubricantes que resultaron comestibles porque nadie falleció. Otro maná caído del cielo fueron unos hongos que aparecían en la arena del desierto después de la escasísima lluvia, unos meses al año. Tras comerse un hombre uno, de pura desesperación, y no morir, los demás lo imitan y se alimentan de hongos durante días. De vez en cuando, a su vez, en las cercanías de los oasis, los refugiados acopian dátiles de las palmeras y cazan conejos salvajes. Aun así, el hambre no cesa. Nunca hay comida suficiente en las compañías, excepto cuando se cobra el mísero estipendio de la quincena, y los refugiados compran víveres en alguna aldea, con el debido pase y permiso, para paliar la carencia. “Me quedo solo comiendo una tortilla ¡de seis huevos!” (Gassó, 2013: 79). O en los festejos por la Navidad, que planificaban durante meses a base de ahorros comunitarios. El resto del tiempo: “Contra el hambre, alambrada,/noche y día.” (Aub, 2015: 33).

En cuanto al uso de tropos, el más frecuente en los textos del corpus norafricano es la metáfora:

En el horizonte apareció una nube baja color tierra. Pensamos al principio que pudiese ser un “siroco” y afianzamos las tiendas. No era ningún viento, sino la nube de langostas, dejándose arrastrar por las corrientes de aire. Se fue acercando, parecía increíble y, sin embargo, resultaba cierto. Teníamos un poco de miedo, pero la tranquilidad de los árabes acampados cerca de nosotros, que parecían contentos de su llegada, nos tranquilizó. (Jiménez Margalejo, 2008: 201).

La “nube” de langostas famélicas en proporciones alarmantes replica el hambre atroz con la que conviven los refugiados desde el inicio de su periplo. La nube engulle hasta la tela de las carpas, pero con astucia y paciencia de los refugiados, gracias a las enseñanzas de los nativos y la perseverancia, las langostas mueren al atrapar a la hembra y son cocidas en un caldero, saladas y secadas. La nube devoradora se convierte así en comida devorada (Jiménez Margalejo, 2008: 201-202).

Por su parte, Muñoz Congost se refiere a la masa de exiliados como un Ulises colectivo, arrojado lejos de su Ítaca: “Vidas de trabajadores que un día de abril de 1939 se encontraron en los puertos de Argelia y Túnez porque allí les volcaron, colectivo Ulises, malditos de dioses, último estertor de una revolución en España, las naves del destino” (1989: 13).

Asimismo, las metáforas del horno y el Infierno son utilizadas con recurrencia para significar la vida en el desierto como una condena: “La tierra quemaba, el aire quemaba, las ropas quemaban, los bultos quemaban, resultaba terrible. Estábamos en un gran horno. Aquel tipo de calor seco y uniforme nos era desconocido” (Jiménez Margalejo, 2008: 163). “Cayena y la Isla del Diablo, presidios franceses de ultramar, eran un paraíso comparados con el ‘infierno sahariano’” (Barroso, 2014: 53).

Las alusiones al infierno tienen relación inmediata, además, con la *Divina Comedia* de Dante Alighieri⁷ y la idea de castigos eternos y circulares, como picar piedra y armar terraplenes, para empezar de nuevo la tarea tras haberla acabado. O cargar carretillas llenas de tierra para vaciarlas y volver a llenarlas sin ningún objetivo, caminar en círculos cargados de peso, empujar bidones gigantes por una pendiente y sostenerlos con la espalda para que no corran cuesta abajo, que es lo que se hacía en algunos campos de castigo: “Con una mochila cargada de tierra el <condenado> debía caminar durante un

⁷ Muñoz Congost, en cambio, habla de Purgatorio (100).

cierto número de tiempo a pleno sol, con un paso regular, sin pararse un instante ni beber” (Jiménez Margalejo, 2008: 173). “Cargado con una mochila llena de pedruscos que pesaba para mí cien kilos, tenía que dar vueltas como un tonto, una y otra y otra, hasta que llegara la hora de comer. Y vuelta a empezar, con las correas de la mochila cortando los hombros (Muñoz Congost, 1989: 89). “Aquello no tenía fin, como una condena en la cual se pudiese ir calculando cuánto faltaba. Podíamos hacer rayas en una pared que tampoco existía, y no nos serviría para nada porque ¿cuánto debía durar aquello?” (Jiménez Margalejo, 2008: 167).

Victoriano Barroso, por su parte, alude al trabajo en las compañías del Sahara como un Calvario, en alusión a los padecimientos de Cristo: “Para aquellos de origen campesino, un pico y una pala no suponían ningún misterio, pero para aquellos otros de profesiones liberales o intelectuales ¡había en cada amanecer un nuevo Gólgota con su correspondiente Calvario!” (2014: 54).

Otra metáfora original para referirse al periplo de los refugiados en África del Norte y en especial el Sahara, es la que utiliza en numerosas ocasiones Calos Jiménez Margalejo, al referirse al dispositivo represor del gobierno colonial francés como un “desbravadero de hombres” (2008: 124, 143). Por su parte, Antonio Vargas Rivas compara el exilio con la cuneta (espacio más que simbólico, teniendo en cuenta los enterramientos masivos de los republicanos en España): “Fuimos lanzados a la cuneta de la miseria” (2007: 163).

Los relatos concentracionarios suelen registrar todo tipo de nombres y datos, incluso climáticos cuando los consideran importantes o significativos. Qué día llovió, que otro día sopló el Siroco y cuánto duró. Gracias a este registro, no solo conocemos los lugares y la toponimia por la que atravesaron los protagonistas de aquellas experiencias, sino también los nombres de varios prisioneros que murieron en los campos, no registrados en otra parte. Tal obsesión por registrar es la que lleva a Max Aub, en su poemario *Diario de Djelfa*, a nombrar a varios compañeros de suplicios, a los carceleros

cruel⁸ y a un oficial del ejército republicano que ha muerto sin honores haciendo que el poema funcione como su réquiem.⁹ José Muñoz Congost elabora una lista de los que sabe que han muerto en el terrible campo de Hadjerat M'Guil y el modo en que lo han hecho, para que no les gane el olvido. De hecho, su testimonio sirvió recientemente de base a un equipo de la Televisión Española que encontró las tumbas improvisadas en medio del desierto de varios brigadistas internacionales y refugiados españoles asesinados en ese campo.¹⁰

Inimaginable resulta pensar en la situación de aquel compañero que se sabía abandonado en la lúgubre soledad de un agujero, oyendo cada segundo, todos los minutos y las horas... y los días, el paso acompasado del centinela que contaba las horas que le quedaban de vida... Solo...inmensamente solo... sin derecho ni aún a desesperar...hasta el fin. LEWINSTEIN...Asesinado a fuerza de golpes. BIENESTOCK... Asesinado. MARCHAL... Asesinado. JARABA DEL CASTILLO... Muerto en Colomb Bechar a causa del hambre, de las torturas y vejaciones sufridas en Hadjerat. LLOREDO. Otro más (Muñoz Congost, 1989: 100).

Por último, en los testimonios del corpus norafricano hay una recurrente mención a los libros y la lectura como forma de evasión y resistencia comunitaria. Se lee en los *marabouts* para sí o para los compañeros; circulan libros en las compañías de trabajadores (a veces el camión cisterna los traslada de un campamento al otro). Esos libros, procedentes de las bibliotecas de los barcos que llevaron consigo los marinos o que llevaban los exiliados en sus equipajes, o que fueron donados por familias argelinas, a veces están en francés y la mayoría en castellano. Son leídos y releídos como un acto de

⁸ Nombres que se repiten luego entre los de los oficiales condenados a muerte en los juicios de Argel.

⁹ "Ya hiedes, Julián Castillo", poema número 9, páginas 26 a 28 de la segunda edición mexicana, Joaquín Moritz, 1970.

¹⁰ *Cautivos en la arena*, dirigido por Joan Sella, en 2012.

contacto con lo humano y la cultura que sirve de escape al tedio, el sinsentido y la animalización. Gassó resume en su diario cada libro que lee, los mencionan también Vargas Rivas y Jiménez Margalejo, en tanto Marco Botella incluye en su texto varias leyendas que vinculan al Magreb con Al Andalus, y otros citan obras clásicas como Victoriano Barroso en el relato de su fuga, cuando menciona “La canción el pirata” de Espronceda (2013: 59). Hay un vínculo voluntario de los autores con la cultura letrada a la que admiran. En cuanto a la escritura, además de las cartas, los diarios y las notas, en Camp Morand los refugiados llevan adelante un periódico que se hace y se copia a mano en una barraca y circula por ése y los otros campos mediante la correspondencia entre los refugiados. Su nombre es “Exilio” y dura varios números, hasta que sus redactores son movilizados a las compañías de trabajadores. “Exilio era nuestro –dice Muñoz Congost, uno de sus impulsores– nació y se hizo en un lugar del campo, fue obra de jóvenes del campo, dentro del cerco de las alambradas [...]. Periódico que quedará como prueba indeleble de la voluntad de hacer algo” (1989: 47).

El corpus norafricano es el exponente de una memoria colectiva que se abre espacio en la historia y en la literatura concentracionaria, a pesar de los silenciamientos. Sus autores, salvo Max Aub, no eran profesionales de las Letras, pero tomaron la palabra para dar testimonio por razones diversas. Representan todos los estratos sociales (desde el panadero Vargas Rivas hasta el intelectual Aub, pasando por los militares, estudiantes, el ama de casa y el periodista). Son reflejo del abanico humano de la diáspora de la República. La confrontación de los textos que lo componen permite una lectura más completa por sus interrelaciones, así como la representación más fiel posible de la experiencia que describen. La recurrencia de estrategias de representación y la plasmación de la conciencia identitaria, así como la preocupación por la construcción de un relato fidedigno de la memoria no implican la inexistencia de aspectos divergentes entre las obras. Tampoco intentan ocultar los desencuentros políticos. Difieren en sus formas y finalidades, así como en la distancia temporal con los hechos a la hora de la escritura.

Comparten su referente, la identidad colectiva, las mentadas estrategias, los tópicos y los recursos que conforman nuestra tipología.

Bibliografía

- AUB, Max, *Diario de Djelfa (1941-1942)*. México: Joaquín Mortiz, 1970.
- AUB, Max, *Diario de Djelfa*, Madrid: Visor, 2015.
- BELTRÁN ALCARAZ, Isabel, Stanbrook. *Vivencias de un exilio, Valencia: L'Eixam*, 2016.
- BARROSO, Victoriano /FREIRE, Ángel (ed.), *En nombre de la libertad*. Páginas de mi Diario de Guerra y Exilio (1936-1945), Madrid: Silex, 2014.
- CATE ARRIES, Francie, *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*, Madrid: Anthropos, 2012.
- FERNÁNDEZ DÍAZ, Victoria, *El exilio de los marinos republicanos*, Valencia: PUV, 2009.
- GASSÓ, Antonio, *Diario de Gaskin, 1939-1944*, Valencia: El Tábano, 2013.
- JIMÉNEZ MARGALEJO, Carlos, *Memorias de un refugiado español en el norte de África, 1939-1956*, Madrid: Cinca, 2008.
- MARCO BOTELLA, Antonio, *La Odisea del Stanbrook. Memorias de un exiliado político*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2007.
- MERA, Cipriano, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Madrid: La Malatesta, 2011 [1975].
- MERCADAL BAGUR, Deseado, *Yo estuve en Kenadza: nueve años en el exilio*, Madrid: Edición de Autor, 1983.
- MUÑOZ CONGOST, José, *Por tierras de moros*, Móstoles: Madre Tierra, 1989.
- ROS, Antonio, *Horas de Angustia y esperanza*, México: Oasis, 1968.
- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier. *Escribir el horror. Literatura y campos de concentración*, Madrid: Montesinos, 2010.
- SANTIAGO, Lucio / LLORIS, Gerónimo / BARRERA, Rafael, *Internamiento y resistencia de los republicanos españoles en África del Norte durante la Segunda Guerra Mundial*. Sabadell: Imprenta El Pot, 1981.
- VARGAS RIVAS, Antonio, *Guerra, revolución y exilio de un anarcosindicalista*. Adra: Edición de Autor, 2007.
- VILANOVA, Antonio, *Los Olvidados*. París: Ruedo Ibérico, 1969.
- VILAR, Juan Bautista, "Guerra civil, éxodo y exilio. La aventura del Stanbrook". En: *Estudios Románicos* 16-17 (2008): 213-227.